

Uñas sucias

Júlia Salander

Fragmento

CAPÍTULO 1

DECIR ADIÓS

Dos minutos. Estuvo dos minutos probando hasta que la llave encajó en la cerradura. Siempre le había sorprendido esa puerta porque, en el noventa por ciento de las casas, el pomo estaba a la derecha, pero en esta no. Esta puerta se hizo para zurdas y para que las diestras vivieran por un microsegundo lo que es no tener las cosas accesibles y hechas a su medida.

Ariadna siempre lo racionalizaba todo, desde lo más profundo hasta el detalle más absurdo; era más fácil pensar en cómo se había diseñado esta puerta que en reconocer que sentía una ansiedad que la desbordaba. Los nervios, ya se sabe, no solo llegan con las primeras veces. También con las últimas. Y esa era, casi con toda seguridad, la última vez que cruzaba la puerta de la que había sido su casa durante más de siete años.

Por fin logró entrar, y el primer golpe que recibió fue el olor. ¿Por qué las casas tienen olores propios y únicos? Es como un aroma que entra dentro de ti y empieza a destruir compuertas. Una vez iniciado el proceso, ya no hay escapatoria. Ariadna se había prometido ser fuerte, pero el olor la desarmó a la primera de cambio. Empezó a llorar, un llanto incontrolable que la trasladó a su niñez, a esas primeras veces en que el mundo muestra su verdadera cara, y lo único que puedes hacer es sorber tus propios mocos e hiperventilar.

Así de indefensa se sentía hoy, solo que no podía correr a esconderse detrás de una adulta. Estaba sola y tenía un objetivo muy concreto: empaquetar la que había sido su vida hasta hacía bien poco.

Las rupturas duelen, especialmente porque no nos preparan para decir adiós. Despedirnos de una persona, de unas dinámicas, de un proyecto, de unas rutinas, de un hogar... Nadie te enseña a encajar que se acaba algo. Hasta las manías, los olores, las miradas y los gestos que habías interiorizado pueden desaparecer. ¿Cómo había llegado hasta este momento? Ariadna, mientras entraba en el que había sido su hogar los últimos siete años y tomaba conciencia de que nunca más volvería a ver esas cuatro paredes, se esforzaba en buscar una razón.

No podía evitarlo, era parte de su personalidad: escarbar en el pasado, analizar cualquier situación, hacerse preguntas, buscar culpables, hacer justicia. Solo que el mundo no siempre funciona así. A veces, las relaciones se acaban y no todo se puede explicar de forma racional. Mentalizarse puede calmar la angustia y aportar una falsa sensación de control, pero con el tiempo pierde fuerza y terminas quedándote sola con tus sentimientos. No sabía si aquello la consolaba o lo hacía todo más difícil. Tardó unos minutos en recomponerse y coger fuerzas. «Vamos, tú puedes», se oyó decirse a sí misma. «Solo serán unas horas».

Empezó a caminar por la casa. No recordaba el ruido que hacía el parqué al quinto paso que dabas al entrar: un crujido tan característico que parecía que la casa te daba la bienvenida. Una vez recorrido el pasillo, largo y estrecho, llegó al comedor. Había algo diferente: ya no estaban los cuadros con sus fotos, ni la lámpara de sal que Ariadna decidió colocar unilateralmente en el mueble. El sofá estaba cambiado de sitio y había dos plantas nuevas que no supo identificar.

Siempre hay dolor en una ruptura, tanto si tomas la decisión como si la recibes. La que se va rompe con su rutina y se despide de su hogar; y la que se queda tiene que lidiar con el vacío que deja la otra persona, reconfigurar un espacio que se diseñó para dos. Visto así, a Ariadna le pareció más amable empezar en un nuevo escenario que borrar el rastro de alguien.

Por lo menos, no tendría que comprar plantas para fingir que aquellas no eran las mismas habitaciones donde se habían besado, reído o discutido. Cuando entró en la habitación, sintió un pinchazo en el pecho y la tristeza volvió a apoderarse de ella. Entraba una luz directa que la hacía profundamente acogedora. Joder, qué bonita era.

La casa era un ático en medio del Eixample de Barcelona, con una terraza con vistas desde Montjuïc hasta Collserola. La primera vez que entró allí fue en su segunda cita y estaba tan nerviosa que le costó un buen rato fijarse en los detalles que la rodeaban. Eran unos nervios muy diferentes a los que sentía ahora. En aquel momento no quiso mostrarse sorprendida, en un ejercicio absurdo de fingir seguridad al que recurría más de lo que se atrevía a reconocer. Estaba sorprendida, no tanto porque fuera un ático lleno de plantas, con una luz espectacular y decorado con muchísimo gusto, sino por lo acogedor que le resultaba ese espacio. Y eso que ella no estaba acostumbrada a sentirse cómoda en lugares nuevos.

Cuando se dio cuenta de que estaba quieta en la habitación con la mirada perdida y sin hacer nada, reconectó con su objetivo. Coger sus cosas, salir de allí, empezar a olvidar.

Abrió el que había sido su armario y se encontró de golpe con toda su ropa, bien ordenada y colgada. Prácticamente todo era negro; le encantaba vestir de negro. Quizá por eso nadie se había dado cuenta de que, en los últimos días, además de

repetir color, había repetido prendas una y otra vez. Se había ido de casa con apenas una mochila y había pospuesto el momento de llevarse sus cosas hasta que no le había quedado más remedio. Pero ya no había escapatoria.

Sin pensarlo mucho, empezó a poner toda su ropa en cajas. Siempre había sido bastante maniática con el orden y con jugar a empaquetar buscando la máxima optimización, como si fuera una partida de Tetris. Una en la que siempre ganaba. Sin embargo, en aquel momento estaba fuera de sí. Cogió los primeros pantalones y los tiró dentro de la caja, sin pensar en el orden ni en la estructura, ni en crear una competición con ella misma para que todo estuviera perfecto. La prenda chocó con la pared de cartón y se arrugó de inmediato. A los pantalones les siguieron jerséis, camisetas, un chándal que no recordaba de dónde había salido. Era extrañamente satisfactorio.

Cuando se cansó de las cajas optó por las bolsas de basura, una opción más cómoda, aunque simbólicamente más extraña. Abrió el cajón de las bragas, cogió todas las que pudo con ambas manos y las tiró dentro de una bolsa. «Así que aquí es donde acaban las relaciones, dentro de una bolsa de basura en el suelo de un dormitorio que ya no es el tuyo». Era la primera vez que una ruptura implicaba una mudanza. Nunca antes había vivido en pareja y, por lo tanto, nunca antes había tenido que borrar su rastro de una casa después de pronunciar «Lo tenemos que dejar».

Ariadna cerró el último cajón entre lágrimas. No tenía dudas de la decisión que había tomado, pero eso no significaba que no estuviera profundamente triste. El armario, un armatoste blanco empotrado de más de dos metros, la observaba totalmente vacío. Solo quedaban las perchas colgadas, cada una de su padre y de su madre. Odió aquella imagen más que la de las bolsas de basura. Al menos, la otra tenía algo de ironía; esta era plena y llanamente deprimente.

Una vibración rompió la tensión del momento. Sacó el móvil del bolsillo y vio el nombre de Gorka. Le había insistido mucho en ayudarla; llevaba semanas diciéndole que esto iba a ser muy duro, que quería estar con ella y que no tenía por qué vivirlo sola. Ariadna, para variar, quiso hacerlo sola. Sostuvo el móvil en su mano hasta que paró de vibrar. Estaba segura de que Gorka la llamaba para demostrar que estaba ahí. Funcionó. Fue como una señal, un último impulso con el que cogió fuerzas para darse prisa y continuar con la siguiente habitación.

En el despacho, vio tres estanterías llenas de todos sus libros. ¿Cómo había podido acumular tantas cosas? Aquí las bolsas de basura no le iban a servir de nada, así que volvió a las cajas y aprovechó la ocasión para quitarles el polvo a los libros. Le encantaba leer y siempre había encontrado en la literatura un refugio mental al que ir todas las noches. Refugio o escapatoria, qué más daba. Principalmente había de dos tipos: novela negra y ensayo feminista. Fue la primera vez que sintió algo de

esperanza en todo el proceso de hacer cajas: que sus libros vinieran con ella a la que fuera a ser su siguiente casa haría que se sintiera un poco más hogar.

Se detuvo por un momento en Neoliberalismo sexual de Ana de Miguel. La primera vez que lo leyó tendría unos veintipocos. Gracias a estas páginas empezó a construir su pensamiento como abolicionista y como feminista, y le pareció adorable ver su propia letra en lápiz en notas al margen. Tenía la costumbre de escribir comentarios en los libros que más la retaban intelectualmente y solo con mirar los márgenes de este podía verse que había sido una lectura central en su formación.

Recordó el día en que ese ejemplar entró en la casa. Fue una relectura compartida entre las dos, como si se tratase de un club de lectura donde iban leyendo cada capítulo y parando para tener un debate acalorado sobre los temas que habían salido. Guardaba con mucha ternura esos momentos, horas y horas hablando sin parar, debatiendo sobre política, feminismo o cualquier tema de actualidad. De repente, vio un «No estoy de acuerdo» de su ex escrito en el margen. Qué raro sonaba. Su ex. ¿En qué momento empiezas a llamar «ex» a la que ha sido tu pareja?

Fue colocando las bolsas y cajas en el pasillo. Su idea era dejar todas sus cosas empaquetadas para que una empresa de mudanzas se las llevase a casa de Gorka. Le costaba creer la cantidad de bultos que había generado; doce bolsas de basura industriales, siete cajas, un ventilador y una silla de oficina. Decidió no añadir ningún mueble, aunque la gran mayoría los habían comprado a medias.

Decidir duele. Materializarlo, aún más.

Toda esta situación le trajo de vuelta un recuerdo enterrado. Diez años antes, cuando su madre falleció, Ariadna se quedó viviendo sola en la que había sido su casa, que no su hogar, desde que tenía recuerdos.

La gente confunde los conceptos de «casa» y «hogar», pero no son lo mismo. Una casa es un lugar físico, con paredes, puertas y ladrillos, mientras que un hogar es ese refugio emocional donde una se siente a salvo, querida y en paz. Ariadna nunca se sintió así en su casa.

Cuando, con veinte años, se quedó sin madre y se hizo cargo de todo prácticamente sola, el shock emocional fue tan grande que convivió durante tres años con todas las cosas de su madre intactas. Como si no hubiese desaparecido del mundo. Su habitación se mantuvo exactamente igual, solo entraba para limpiarla y mantuvo su ropa desordenada en los armarios. El portátil semiabierto en el escritorio, colocado exactamente en la misma posición en que su madre lo dejó; los muebles del baño llenos de sus cremas caducadas y una infinidad de papeles repartidos por todos los rincones de la casa. Su madre seguía viviendo allí. Sus objetos lo demostraban. Hasta que un día Ariadna dijo «basta», cogió bolsas de basura y empezó a llenarlas sin mirar qué estaba metiendo dentro.

Lo tiró prácticamente todo. «No sirve de nada tener esto aquí», se repetía, «mi madre ya no está, y no va a volver». Bajo ese mantra eliminó casi todo lo que se cruzó por su camino. Solo guardó tres objetos: un gorro azul de lana, que fue el que usó su madre cuando perdió todo el pelo por la quimio; una bufanda roja, que seguía oliendo a ella y le resultó imposible tirar; y una nota doblada en cuatro que encontró en su mesita de noche, con una letra apresurada, que decía «Vuelve pronto». No sabía para quién iba ni cuándo se escribió, pero necesitó guardarla.

Así que sí, Ariadna ya tenía experiencia en esta clase de ejercicios. Solo que esta vez eran sus pertenencias las que habían acabado en bolsas y desaparecerían por completo de aquí. Hay una extraña conexión entre desaparecer de la vida y desaparecer de la vida de alguien. Morir o ausentarse por completo, ¿dónde está la diferencia?

Antes de irse, fue revisando todos los rincones del piso para comprobar que no se había dejado nada, mirando cada esquina y haciendo un repaso mental de qué era suyo y qué no. Se detuvo en el comedor y recogió el móvil. Trece notificaciones de últimas noticias y cinco chats por responder, aunque solo tenía energías para escribirle a Gorka. Le dejó un mensaje escueto: «Amor, ya salgo. En nada cojo un taxi y voy para allá». Le dio tiempo a ver que su tía y sus amigas le habían escrito, pero las ganas terribles de salir de esa casa pospusieron su respuesta.

Metió sus manos temblorosas en la tote bag y sacó las llaves con las que había entrado. Las dejó en la mesa central del comedor, al lado de una de las plantas nuevas que la miraba desafiante desde el mueble. Qué curioso es sentirse extraña en el único espacio que has sentido tu hogar.

Miró por última vez las grandes ventanas que daban a la terraza, el parqué marrón claro que relucía por la luz del atardecer, el sofá gris y la chimenea. Apretó los ojos, cogió aire por la nariz y lo soltó lentamente por la boca. Caminó despacio hacia la puerta y, justo cuando iba a llegar a la entrada, escuchó el crujido del parqué. Se dio por respondida. Con delicadeza, cruzó la puerta, que se cerró tras ella.

CAPÍTULO 2

CONTENCIÓN

Era misión imposible encontrar un taxi libre en el centro de Barcelona. Por eso, la luz verde que apareció al final de la calle le pareció a Ariadna todo un milagro. Dudó un momento, debido a su miopía y a que se negaba a usar gafas o lentillas, de si era un semáforo. Pero la luz se acercó de verdad hasta confirmar que era un taxi libre. Ariadna levantó la mano con insistencia y el coche se paró en seco. Nada más entrar

notó un olor a tabaco muy intenso. La radio, a todo volumen, emitía la sintonía previa a los informativos.

Se dejó caer en el asiento de atrás y miró de reojo al conductor del taxi. Era un hombre al borde de la jubilación, con un chalequito sin mangas y una bandera de España que le apretaba la muñeca. Desde su asiento, captó el pelo grisáceo y grasiento del hombre y una montura de gafas digna de la década de los ochenta.

—¿A dónde vamos, bonita?

—Si me dejas en el metro de Fontana está bien. —Ariadna frunció el ceño y empezó a notar cómo crecían las ganas de soltar un discurso sobre por qué estaba mal que la llamase «bonita».

—Vale, ¿qué prefieres coger, la Gran Vía o la calle Valencia?

El taxista toqueteó la cruz que colgaba del retrovisor interior del coche. Era grande, plateada, y estaba tan enredada que parecía a punto de estrangularse sola.

—Lo que sea más rápido —contestó Ariadna, cortante.

—Ninguna opción será rápida. —El taxista se dio cuenta de la tensión y la miró fijamente por el retrovisor.

Justo lo que Ariadna necesitaba, compartir espacio con un tipo desagradable. Se negaba a que este hombre le agotara la poca energía que le quedaba, así que se puso los auriculares y The XX empezaron a retumbar en sus oídos.

Le sudaban mucho las manos y sentía cómo su respiración comenzaba a agitarse. Identificaba muy rápido cuándo la ansiedad se manifestaba en su cuerpo: al principio parecía un infarto, un hormigueo que empezaba en las manos y subía hasta el pecho; después la boca se volvía pastosa y los labios se le agrietaban. Con la certeza de que había perdido el control, la vista se le empezó a nublar. El aire ya no entraba de forma correcta por la nariz. La siguiente señal fue un leve tembleque en las extremidades y una constricción en el estómago, como si alguien hubiese hecho mil nudos marineros en él. Al percibir esto, se colocó una mano sobre el abdomen para concentrarse en el movimiento de su barriga. A veces funcionaba.

—¿Por qué las chicas estáis siempre enfadadas? —dijo el taxista de forma abrupta—. Sé de lo que hablo. Antes las mujeres eran más agradables.

Ariadna notó un pinchazo de rabia y apretó los puños con fuerza. Por su cabeza pasaron mil respuestas que no dijo. La ansiedad se estaba transformando en agitación. En su imaginación, arrancó la cruz plateada del retrovisor y la clavó en la mano del taxista, apoyada sobre la palanca de cambios. Como en una película, la cruz iba atravesando todas las capas de su piel hasta empalarlo por completo. La sangre

empezaba a brotar disparada por todas partes, impregnando los dos cristales de sus gafas y llenando el vehículo de un fuerte olor a metal. El hombre chillaba, atrapado en su propio coche, y ella le sostenía la mirada en el retrovisor. «Así que nos enfadamos por todo, ¿verdad?».

Volvió a la realidad. No dijo nada. Guardó las palabras como quien guarda un cuchillo afilado. Aunque en cualquier otro momento lo habría hecho, porque Ariadna no era de las que se callaban, hoy no tenía fuerzas para empezar un debate que ya sabía cómo se iba a desarrollar. Estaba tan agotada que bajó por completo la ventanilla y se refugió mirando a su alrededor. El aire le golpeaba en la cara mientras se concentraba en las luces de los coches y semáforos que corrían de forma hipnótica ante sus ojos. Estaba consiguiendo dejar la mente en blanco y controlar el ataque de ansiedad cuando, de repente, el taxista subió al máximo el volumen de la radio.

—Última hora. Se confirma la desaparición del juez Ricardo Solana, presidente de la Sección de Violencia sobre la Mujer de la Audiencia Provincial de Madrid.

Ariadna se quitó los cascos de golpe.

—Según fuentes policiales, la alerta se activó cuando su mujer y su hija denunciaron que no había regresado a casa después de su jornada laboral. Fue visto por última vez en la salida de los juzgados el pasado miércoles por la tarde.

Notó cómo el cuerpo se le tensaba, la espalda recta contra el asiento, la mandíbula apretada sin darse cuenta.

En la radio siguieron con la noticia:

—Ricardo Solana es uno de los jueces más mediáticos y controvertidos del Estado. Ha protagonizado muchos juicios polémicos, como en el caso de Mónica Lahoz, donde los principales acusados de la presunta agresión sexual grupal quedaron en libertad. En estos momentos presidía el juicio contra el futbolista Daniel Blanco, la estrella del Real Barcino, acusado de una presunta agresión sexual. La policía mantiene abierta la investigación y no descarta ninguna hipótesis. Seguiremos ampliando esta información en un programa especial esta noche.

Ariadna no necesitaba que ningún periodista le resumiera la carrera del juez Ricardo Solana. Sabía de sobra quién era: sus sentencias, dictámenes, entrevistas, votos particulares. Desde que Ariadna había entrado en la sección de sucesos en La Crónica, había redactado varios artículos sobre él, y su nombre había ocupado titulares y enfurecido a muchas mujeres. Aunque habían pasado unos cuantos años desde el caso de Mónica Lahoz, la movilización feminista que se generó la marcó profundamente. El nombre de Ricardo Solana no era algo que se olvidase con facilidad.

Además, la mayoría de los «sucesos» que le tocaba investigar como periodista no eran más que un eufemismo para encubrir violencia machista y agresiones sexuales, con lo que las noticias que seguía Ariadna terminaban protagonizadas por magistrados como Solana.

Al escuchar las primeras palabras de la noticia, empezó a trazar hipótesis. No podía evitarlo; imaginar versiones, causas, motivos, titulares y posibles desenlaces era para ella un reflejo automático. Y es que Ariadna no era solo periodista. A sus treinta años ya trabajaba como redactora de investigación en el periódico nacional La Crónica, donde era la más joven del equipo. A menudo le tocaba encargarse de temas menores, pero estaba convencida de que solo necesitaba un gran caso para desafiar la jerarquía impuesta por los periodistas que llevaban allí toda la vida y hacerse un hueco en la élite del periodismo de investigación de España.

Estaba más que capacitada: había estudiado un doble grado de Criminología y Periodismo porque necesitaba entenderlo todo: qué crímenes se cometen, quién los lleva a cabo y por qué, y también la forma en que las peores atrocidades se convierten en historias que conmueven a todo un país. En el fondo, sabía que su ansia por comprenderlo todo ocultaba una necesidad de control que, de forma insultantemente obvia, venía de sus traumas infantiles. Pero, por lo pronto, había decidido ocupar su tiempo en lograr lo primero y no en diseccionar lo segundo.

Desde que entró de becaria en el periódico, pasaba más horas en la redacción que en su propia casa. No sabía soltar una historia a medias. Había ido escalando rápido porque persistía cuando los demás se cansaban, porque hacía preguntas incómodas y, sobre todo, porque le daba igual caer mal si eso significaba acercarse un poco más a la verdad. Si tenía algo que decir, no le importaba hacer enemigos ni en su vida diaria ni en su versión profesional.

En la mente de Ariadna se fueron alternando las posibilidades. Tal vez algún directivo del club de fútbol había secuestrado al juez Solana para evitar que dictase sentencia en contra de Daniel Blanco. O quizá había sido un sicario contratado por el propio jugador. Con todas las pruebas en su contra, resultaba absurdo pensar que lo dejarían libre. Aunque, pensándolo bien, con el historial de ese juez, lo más probable era que se limitara a cuestionar la versión de la víctima y los agresores saldrían del juzgado con una sonrisa enorme en la cara. Tenía que ser otra cosa.

La ruleta de posibilidades que daba vueltas en la mente de Ariadna se interrumpió cuando sus tripas empezaron a rugir. Llevaba veinte minutos en el taxi, a pesar de que, según Google Maps, el trayecto debería haber sido de ocho. Por la ventana vio que estaban subiendo Gran de Gracia, una calle de dos carriles que tenía uno colapsado por completo por camiones de carga y descarga. Entre las bicis, los patinetes, las motos y los camiones, iba a ser una odisea recorrer en coche el trayecto que faltaba hasta casa de Gorka.

Se fijó en dos ancianas cogidas del brazo; era profundamente adorable ver cómo se iban sosteniendo la una a la otra. Caminaban despacio, con un ritmo muy lento pero constante. Cada paso que daban era una demostración de su complicidad: perfectamente compenetradas, con una lentitud terriblemente tierna. Ajenas al tráfico, a los cláxones y a la urgencia de la ciudad, estaban adelantando el taxi donde iba ella. Ariadna colapsó y dijo de repente:

—Me puedes dejar aquí, en esta esquina está perfecto.

Pagó de prisa y salió del coche. El alivio de respirar aire libre y de estirar las piernas fue casi instantáneo. Era más eficiente llegar andando a casa de Gorka que seguir atrapada ahí